

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO IX.

FUNDADOR PROPIETARIO:

Ramón Blanco Rojo.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

En Murcia y Lora, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pts. trimestre.
Número suelto 10 cts. Redacción: Apóstoles, 11, bajo.

DIRECTOR LITERARIO:

J. Tolosa Hernández.

NÚM. 392.

A los anunciantes

Advertimos á los señores anunciantes que desde 1.º de Noviembre todo anuncio pagará



de peseta por inserción, según ley de 14 de Octubre de 1896.

Se hacen toda clase de bordados en colores, oro y blanco, por D.ª Josefa Belmar García.

Calle de Cadenas, núm. 6.

Los Salicilatos de Bismuto Y CÉRIO DE VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina y recomendados por Academias de medicina nacionales y extranjeras

CURAN PRONTO Y BIEN

Á LOS ANCIANOS, Á LOS TÍSICOS,

Á LOS DISENTÉRICOS, cuya vida es un remedio verdaderamente heroico que sortede en diarrea mortal casi siempre;

Á LAS EMBARAZADAS, cuyas vámulas ligran su vida y la de sus hijos, al par de padecer en forma desesperante;

Á LOS NIÑOS en la dentición y destete; á los que padecen

CATARROS Y ÚLCERAS DE ESTÓMAGO y á todos los que padecen

VÓMITOS Y DIARREAS, TIFUS Y AFECCIONES

CÓLERA, NES HÚMEDAS DE LA PIEL.

Pídanse en todas las Farmacias y Droguerías del mundo

SALICILATOS VIVAS PÉREZ

Desconfiad de las falsificaciones é imitaciones, porque no daran resultado.

Sellos de Cauchúe

FABRICACION ESPECIAL SELECTA

Grandes colecciones en relojes, medallones, lapiz plumas, fosforeras é infinidad de caprichos.

Cajas especiales «Nuevo Mundo», propias para el comercio.

Redacción de LA JUVENTUD LITERARIA Apóstoles 11.

MURCIA 24 DE OCTUBRE DE 1897.

La Juventud Literaria.

¡POBRE NIÑA!

Sobre su pura y nacarada frente la sombra del pesar se cierne impia, y como flor que el huracán azota sobre su pecho la cabeza inclina.

¡Pobre niña!

Sola se halla en el mundo, y en su duelo de sus padres recuerda las caricias, y el hogar venturoso y bendecido donde su infancia resbaló tranquila.

¡Pobre niña!

En las noches lluviosas del invierno, en esas noches por demás tan frías, sobre la nieve que las calles cubre, ella, descalzo el pie, triste camina.

¡Pobre niña!

Cuando al pasar me pide una limosna estendiendo hacia mí su manecita, yo no sé lo que siento, que del alma una lágrima enturbia mi pupila.

¡Pobre niña!

Muchas las veces son que su recuerdo remueve de mí ser todas las fibras, y al pensar en su lúgubre destino, tiemblo, lloro y exclamo: ¡Pobre niña!

J. TOLOSA HERNÁNDEZ.



Promesa cumplida.

SONETO.

Ya puedo, Restituta, amada mía, brindarte un pervenir grato y risueño, por fin entró Sagasta, y con su empeño terminará mi larga cesantía. No te lo dije, tonta, el mejor día, será Gobernador tu amado dueño y al confirmarse mi dorado sueño pongo á tus pies mi alma y mi valía. Hoy he visto al eximio Presidente y con frases amables y sencillas me dijo:—¡Ya lo tengo á usted presente! Esta noche, arreglando mis cosillas, me entregó la patrona, sonriente, la credencial de cabo de quindillas.

MARINA.

HISTORIETA

I.

Ricardo, hijo de padres que gozaban de una posición brillante, siguió la carrera de Medicina, en la que bien pronto llegó al pináculo de la fama, ocupando uno de los primeros puestos, y siendo su nombre pronunciado con respeto, admiración y cariño.

La dicha de que era poseedor vino á ser turbada por la muerte de su padre. ¡Cuántas y cuántas vidas había salvado á personas con las que no le ligaban más lazos que los de la fraternidad universal, y la de su padre, la de aquel ser querido con el que lazos tan estrechos le unían, le fué imposible salvarla, á pesar de haber agotado todos los recursos de la ciencia! En esta ocasión sus vastos conocimientos en medicina, no dieron el resultado apetecido; estrélláronse ante el dominio de esa inexorable guadaña de la muerte, que cuando viene, le hace tan decididamente, que nunca se vá sin cumplir su trágica misión.

II.

Tres años habían transcurrido, desde la muerte del padre de Ricardo; en ellos éste último no solo había sabido conservar el prestigio que había alcanzado, sino aumentar la aureola de gloria, con que estaba cubierto su apellido.

Era una tarde bastante desapacible; los tibios rayos de un sol, propio del mes de Febrero, atravesaban los cristales de un mirador, yendo á posarse en el cuerpo de una mujer, que cubierta con un chal, se encontraba sentada en una butaca, descansando sus diminutos y preciosos pies en un almohadon color granate, ricamente bordado. Podía afirmarse, era hermosa, de cabello negro y sedoso, ojos como el azabache, grandes y de un mirar penetrante y vivo, boca en la que no existían, sino perlas de tamaño casi idéntico y perfectamente colocadas, y por último, facciones delicadas y correctas. Este es, el retrato que á grandes rasgos, sabe trazar mi pluma, de esta mujer que se llamaba Carmen. La palidez que cubría su rostro hacia resaltar más su belleza. Con constancia miraba á un reloj que había en una consola, lo cual indicaba esperaba á alguien.

Las dos de la tarde habían dado; no habrían pasado cinco minutos cuando abrióse la puerta de la habitación en que estaba Carmen, y un criado anunció al señorito Ricardo.

—Buenas tardes, Carmen.

—Adios, Ricardo. ¿Qué te sucede que tan triste vienes?

—Nada... que mi madre se empeña en que estos amores...

—Si terminen. Pues bien, sigue los consejos de tu madre, una madre nunca se engaña; con su instinto de tal, habrá previsto males, que á nuestro amor están ocultos. Si, déjame, sigue los consejos de tu madre.

—¡Y es esa la manera de probarme tu amor, ese el modo de corresponder al cariño que te profeso, á este amor, puro y desinteresado, que por tí siento desde el día en que en el lecho y en el lecho de muerte, te ví, delirando y entre la vida y la muerte? No, tu cariño es una farsa; si fuera cierto, tus labios no habrían proferido esas palabras tan crueles; de tu boca, de la que tantas

veces han saído juramentos de amor eterno, no se habrían dejado escuchar esa frase, «déjame, sigue los consejos de tu madre», frase que me ha deshecho el corazón y que me demuestra házme engañado, que tu amor no es verdadero.

—Porque es verdadero te hablo en estos términos, ¡bien sé, que no son los más apropiados, pero qué quieres!...

—Imposible me parece ser cierto lo que estoy oyendo; ¡qué frialdad la tuya! ¿Dónde está aquella mirada abrasadora y ardiente de tus negros ojos, de esos ojos tan divinos? ¿dónde el amoroso acento de aquellas ineludibles palabras de cariño que me transportaban á otro mundo en que solo la dicha existía? ¿dónde, dónde está? ¡qué diferencia de entonces á ahora! Entonces mi compañía te era grata, ansiabas llegar el momento de tenerme á tu lado, si un segundo me retrasaba, te enojabas, y esto era porque me amabas, es decir... porque sentías por mí una pasión de esas volcánicas; la has satisfecho y ahora... ahora me das á conocer tu corazón de....

—No presigas, Ricardo, nunca he merecido me insultes, y hoy día menos, pues el amor que por desgracia, mi pecho albergó hácia tí, ha ido aumentando de tal modo, que en este momento raya en delirio. Decías es diferente el cariño que hace año y medio te profesaba, al que ahora te tengo, y en efecto, es cierto, pero ¿sabes tú cuál es la diferencia que hay entre uno y otro? Pues la misma que existe entre el cristalino arroyuelo y el furioso y desencadenado mar; hasta hace ocho meses, corría por mi corazón tranquila y suavemente el amor á semejanza del agua por el cristalino arroyuelo, sin encontrar obstáculo alguno en su marcha; pero desde esta fecha acá, es ese furioso mar, en el que las olas están representadas por un sinnúmero de sensaciones, de ideas, de pensamientos, que se estrellan en su vertiginosa carrera contra la razón, como las olas contra las rocas, y así como estas desmenuzan aquellas, del mismo modo mi razón desmenuza estas ideas, estos pensamientos, viéndose acorralada constantemente por negras sombras que aparecen, desaparecen y vuelven al momento á aparecer, las que llevan el disgusto á mi alma diciéndome: «deja á Ricardo, le estás haciendo desgraciado, también haces á su madre, es necesario que estos amores terminen»; esto me dicen, Ricardo mío, mi corazón asiente á ello, y hé aquí porque te he hablado en tales términos.

—De modo que me amas; qué infame era al dudar de tu cariño, pero me perdonas, ¿no es verdad?

—Si te perdono, pero ante todo es necesario, sigas la voz de la razón; ella te dice que estos amores, si no concluyen, su fin será deplorable.

—Aunque así sea, eso nunca, jamás.

—Entonces sufrirán alguna variación.

—¡Chál, dila pronto.

—La de marcharnos á otro punto.

—¡Ah! eso es imposible; mi deber de hijo me lo impide, ¿cómo dejar sola á mi madre? ¡qué infame eres, Carmen! ¡bastantes disgustos la doy! ¿No comprendes que este la ocasionaría la muerte? Como se conoce, no sabes, lo que es una madre; si hubieras gozado de las caricias maternales, no es posible me hicieras semejante petición.

—Está bien, no insisto más, pero tan decidida estoy que marcharé sola.

—Qué tenacidad la tuya, ¿es que no estás

